



*EL DOLOR DEL HOMBRE
Y LA PASIÓN DE CRISTO
EN OBRAS DE ADRIENNE VON SPEYR*

4ª Ponencia del XVI EFCSM 2022

Ricardo Aldana

Siervo de Jesús. Autor de varios libros, profesor de Teología en Granada,
traductor y gran conocedor de Hans Urs von Balthasar y Adrienne von Speyr.

© 2022. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

El dolor del hombre y la pasión de Cristo en algunas obras de Adrienne von Speyr

Introducción

Los dos términos de nuestro título, dolor del hombre y pasión de Cristo, se unen singularmente en la vida de Adrienne von Speyr. En efecto, ella conoció el sufrimiento muy continua e intensamente y, por otro lado, en el centro de su experiencia de fe y de su pensamiento teológico se encuentra la obediencia del Hijo de Dios hasta la muerte¹. Se podría decir que el dolor que la acompañó toda su vida nunca fue del todo suyo, sino que, como se iba evidenciando más y más en el curso de su vida, fue siempre más del Señor que suyo. Tal vez por eso el rasgo fundamental de su carácter, ha dicho Hans Urs von Balthasar, es el de la alegría². «Entramos aquí... en un campo desconocido, en un campo extraño que es el campo de la alegría. Cien veces menos conocido, cien veces más extraño, cien veces menos conocido que los terrenos del dolor»³, ha escrito Charles Péguy. Adrienne conoció ese campo tan poco conocido de la alegría en Dios, que abraza el dolor humano en el dolor de su Hijo y lo transfigura en vida eterna. Su visión de fe sobre el dolor y alegría, pasión de Cristo y gloria de Dios se puede resumir con estas palabras de su comentario al Apocalipsis en la parte final, a la vista de la Ciudad Santa del Cielo:

«Dios enjugará toda lágrima (Apoc 21,4). Dios consolará a los hombres no de un modo abstracto, sino de modo sumamente concreto, pues incluso borrará las huellas de sus dolores precedentes. Este borrar será como una ascensión de las lágrimas por parte de Dios... Y no habrá ya... dolor. Porque el Hijo ha tomado sobre sí todos los dolores y el Padre ha puesto en sus manos toda la expiación. El Padre ha regalado al Hijo todo el dolor del mundo al haberle dado el poder de la redención. Fuera de la redención, la tierra puede parecer un caos de pecado y dolor. Pero el Hijo, que viene a padecer, padece en un orden, porque Él padece en Dios y en su voluntad, y por eso trae también un orden misterioso a la vida del mundo que le pertenece»⁴.

Adrienne von Speyr conoció el dolor humano de una salud frágil toda su vida, de enfermedades graves, de una madre muy difícil, de la tentación de desesperación, de la pérdida de su primer marido. Conoció como médico el mundo del dolor de muchos pacientes, con su mezcla de sufrimiento corporal y aflicción espiritual. Pero fue después de su conversión a la Iglesia Católica, en 1940, cuando su cuerpo y su alma se convirtieron en receptáculo de los dolores de Jesucristo y, por tanto, de muchos dolores del mundo, en un registro muy amplio que va desde la extrema debilidad corporal hasta el extremo abandono del hombre que se pierde lejos de todo amor divino y humano, y, finalmente una lenta y muy penosa agonía. Aquí no podemos justificar estas afirmaciones, nos contentamos con remitir al libro de Hans Urs von Balthasar, *Una primera mirada a Adrienne von Speyr*⁵. Además, no nos toca hablar de la vida de Adrienne, sino de su enseñanza sobre el dolor humano y la pasión del Señor. Siendo esta enseñanza muy abundante, nos ceñiremos a solo

¹ Cf. H. U. von Balthasar, *Una primera mirada a Adrienne von Speyr*, Fundación San Juan, Rafaela 2012, 59-61.

² Cf. *Ibid.*, 47ss.

³ Ch. Péguy, *Note conjointe*, en *Œuvres en prose III*, Pléyade, Gallimard, Paris 1992, 1476-1477.

⁴ A. von Speyr, *Apokalypse*, Johannes Verlag Einsiedeln, Wien 1950, 703-706, cit. en la antología de textos A. von Speyr, *Kostet und seht. Ein Lesebuch aus ihren Schriften*. Ausgewählt von H. U. von Balthasar, Johannes Verlag Einsiedeln, Trier 1988, n. 318 (se cita el número de entrada de la antología).

⁵ H. U. von Balthasar, *Una primera mirada a Adrienne von Speyr*, 17-50.

pocas obras de Adrienne, que son comentarios bíblicos, y solo a las páginas en las que se hace explícita la reciprocidad de ambos términos.

A partir de esas páginas de Adrienne, proponemos una visión de la relación entre el dolor humano y la pasión de Cristo en tres momentos: 1. Del dolor humano *hacia* la pasión del Señor, principalmente siguiendo el comentario de Adrienne al libro de Job⁶, dejando de lado otros comentarios a libros del Antiguo Testamento, entre ellos los que se refieren a la misión de los profetas, que señalan de un modo u otro hacia la cruz, sobre todo la misión del Siervo de Dios (Is 42-53)⁷. 2. El dolor humano *en* la pasión del Señor. De nuevo, tomando en cuenta que Adrienne escribió mucho sobre la pasión, tenemos que dejar de lado para esta exposición los comentarios a los relatos evangélicos de la pasión de San Mateo y de San Juan, de los que cabría sacar mucha luz para nuestro tema; en cambio, recurriremos solo a lugares de los comentarios bíblicos que tratan temáticamente su relación con el sufrimiento humano. 3. El dolor humano de los cristianos *desde* la pasión del Señor o, en otras palabras, el dolor en la misión de los cristianos, recurriendo, de nuevo a pocas páginas en donde se expresa este sentido nuevo del dolor humano que le ha dado la pasión del Hijo de Dios.

⁶ A. von Speyr, *Job*, Johannes Verlag Einsiedeln, Einsiedeln 1972.

⁷ Se podrían consultar los libros de comentarios del Antiguo Testamento en el volumen A. von Speyr, *La creación. La misión de los profetas. Elías. El Cantar de los Cantares*. Ed. San Juan, Madrid 2005. El comentario parcial a Isaías, que incluye los cantos del Siervo de Dios, y a Daniel, en *Isaias. Erklärung ausgewählter Texte. Mit einem Anhang zu den Visionen Daniels*, Johannes Verlag Einsiedeln, 1958.

1. El dolor humano hacia la pasión del Señor en el comentario al libro de Job.

El comentario al libro de Job, según su editor Hans Urs von Balthasar, «junto con su libro sobre Elías, podría... pertenecer a sus mejores obras»⁸. Está compuesto por comentarios a cada uno de los capítulos, con excepción de alguno, aludiendo continuamente al contenido, por lo que es necesario tener siempre presente el texto bíblico.

Respecto de nuestro tema, el comentario considera, según Balthasar, que «desde todas las páginas son visibles indicaciones y presignificaciones de la Antigua Alianza hacia la Nueva... pero entre las dos no se dan transiciones paulatinas, sino únicamente un salto. Esto se hace evidente, del modo más conmovedor, en la ausencia [en la Antigua Alianza] de lo que significa para los cristianos la “comunidad de los santos”: desde la cruz, tener influencia los unos en favor de los otros»⁹.

En lo que sigue, señalamos sobre todo el salto de una Alianza a otra, desde distintos puntos de vista. Se puede y debe notar en el conjunto, sobre todo visto desde el final, «el fuerte tono ignaciano de este libro magistral»¹⁰, en el salto a la Majestad del amor de Dios, cuya «mera aparición abate toda contestación contra Dios como ridícula»¹¹.

Recordemos muy en general que el sufrimiento de Job está compuesto de la pérdida de los suyos y de todos sus bienes, después de la pérdida de la salud hasta un estado corporal y anímico deplorable, a lo cual se añade la tentación de desesperanza por la incompreensión de que Dios permita que él sufra tanto. Gran parte del libro consiste en la superación de una explicación insuficiente, basada en la ley de pecado y castigo, y, por consiguiente, de un concepto de Dios estrecho, mediante la revelación del Dios verdadero; pero esto con continuas recaídas desde la nueva apertura a la teoría cerrada.

La explicación insuficiente está representada por los tres amigos de Job, Elifaz de Temán, Bildad de Súaj y Zofar de Naamat, que lo compadecen y lo exhortan a aceptar que su pecado es la causa de su sufrimiento. Cada uno toma la palabra hasta tres veces, a lo que Job responde ampliamente en cada caso. Elihú, el misterioso personaje que aparece de repente y habla en los capítulos 32 a 37, critica severamente a los tres anteriores, y amonesta a Job por su desesperanza. Finalmente, Dios mismo habla a Job, pone en su lugar a los tres amigos y enfrenta las acusaciones de Job, en los capítulos 38 a 41. Job se abre a la majestad o gloria del Dios verdadero, comprometido profundamente con su creación y, por tanto, conocedor del sufrimiento y garante de un orden en toda la creación que incluye el dolor como camino hacia Él. El libro discute la falsa sabiduría de los hombres ante el dolor y presenta la sabiduría divina, insuperable y majestuosa, que da sentido a todo.

Adrienne ve en todos estos discursos, tanto los de los amigos como los de las respuestas de Job, elementos de verdad que decaen en la sabiduría humana, y pone esos elementos ante la Nueva Alianza en la cruz de Jesucristo. Indicamos cinco saltos de la Antigua a la Nueva Alianza.

1.1. Del deseo de la muerte al *hágase tu voluntad*.

Al principio del libro (capítulo 2) Job reprende a su mujer por invitarle a rebelarse y quiere aceptar el sufrimiento en su cuerpo como ha aceptado el dolor de la pérdida de los suyos y de sus bienes

⁸ H. U. von Balthasar, “Vorwort”, en A. von Speyr, *Job*, 8.

⁹ Ibid. 7.

¹⁰ Ibid.

¹¹ Ibid. 8.

con las célebres palabras: *Yaveh dio, Yahveh quitó. ¡Bendito sea el nombre de Yahveh!* (Job 1,21). Pero en el capítulo tercero Job expresa por primera vez su desapego a la vida. Habría preferido no nacer. Debería cancelarse el día de su nacimiento e incluso el de su concepción en el seno de su madre. Si Dios es siempre Presencia santa para los suyos, Job ahora «quiere el nunca total como oposición pura al total siempre y ahora... En este clamor por la muerte Dios se ha extinguido... Todo se juega en la naturaleza; no hay alma, no hay sobrevivir, no hay Dios. La tumba es lejanía de Dios, la vida es don de Dios... Él no dice que la vida sea mala, sino que se vuelve insoportable cuando Dios impide toda salida hacia una situación soportable»¹².

La experiencia dolorosa de Job se refugia entonces en teorías de lo imposible, de cancelación del pasado por el temor ante lo insoportable que le hace pensar que no podrá seguir así. En cambio,

«cuando Cristo viene, todo esto adquiere un aspecto distinto. Ya no se trata de un conocer teórico, sino de una aceptación, un sí, “¡hágase tu voluntad!”. Y entonces es Dios mismo el que asume la administración del sufrimiento, en una forma que se adapta a la obra de salvación del Hijo. Aquí, en Job, son reunidos, por decirlo así, elementos del sufrimiento cristiano. Pero la última autoentrega tiene que ser mostrada y vivida por el Hijo, para que los elementos lleguen a ser para nosotros un todo»¹³.

Una consecuencia para los cristianos que, como Job, pueden experimentar el desasosiego, la ausencia de paz en el corazón, la intranquilidad, es que, a diferencia de Job, que no ve ninguna salida, para ellos tal experiencia remite a Dios, no se cierra en sí misma. Pero esto porque los cristianos podemos llevar nuestros sufrimientos hasta la cruz, lo que Job no puede hacer. En ella, el Señor Jesucristo ha bebido todo el cáliz del sufrimiento «porque Él lo prometió al Padre y en ello reconoce su voluntad, que Él ha asumido»¹⁴. En ese momento no ve ya el amor del Padre. Solo tiene delante la obediencia desnuda. «El Señor en la cruz está en la noche total, no ve ya nada como camino o salida... Él ha pronunciado un tal sí al Padre que también en el abandono ve siempre por lo menos todavía a los hombres... de cuya salvación se trata... El Señor no piensa en sí mismo, solo en el Padre y en el pecado»¹⁵.

En los capítulos 9 y 10 Job vuelve a invocar la muerte y la pide a Dios. Se siente con derecho a pedírsela. El experimento de Dios sobre cuánto puede soportar un hombre ha fracasado. Ahora debe Dios pasar del sufrimiento insoportable a la muerte. Le alegra pensar en esto. «La alegría estaría en que por un momento la relación de obediencia se invirtiera, si Dios quisiera adaptarse a la voluntad de Job. De este modo Job se aleja una vez más de la cruz. ¡De repente todo está en el cumplimiento de su voluntad!»¹⁶

Sobre este punto la intervención de Elihú será especialmente luminosa. Describe con tal realismo el dolor humano que Job tiene que sentirse preocupado. Dios prueba con el dolor de tal modo que el horizonte se cierra y no queda más que el camino hacia la muerte, «mas si tiene un Ángel de su parte, un Mediador entre mil, que recuerde al hombre su deber, que se apiade de él diciendo: “líbrale de bajar a la fosa, que he encontrado rescate por él”... Rogará a Dios, y le otorgará su favor, contemplará el Rostro del que devuelve al hombre su integridad» (33, 23.26). Así actúa Dios con los hombres una y más veces. Adrienne interpreta las palabras de Elihú:

¹² Job, 15-16.

¹³ Ibid., 16-17.

¹⁴ Ibid., 39.

¹⁵ Ibid., 39-40.

¹⁶ Ibid., 41.

«Elihú nos dice: estos dolores tienen un sentido. Son un lenguaje de Dios... Elihú retoma todo y le da un sentido completamente distinto: es una palabra de Dios a Job... El mensajero de Dios (33, 23), uno entre mil, le debe explicar el sentido del sufrimiento para que él no se oponga... Por medio de esto encuentra el hombre un nuevo acceso a Dios. Él ha pagado el *rescate* de su alma (33,24): Dios ha tomado su sufrimiento como expiación. El rescate pagado no consiste solo en el sufrimiento, sino ante todo en la aceptación y el sí al sufrimiento, de modo que la voz de Dios puede ser audible en él... Se abre con esto una posibilidad de alcanzar realmente una vida nueva... una vida en el sufrimiento, en una nueva juventud que de algún modo está más allá del infierno»¹⁷.

La interpretación concluye: «En esto hay una mirada a la Nueva Alianza. No es todavía la Nueva Alianza misma, porque no se pasa a través de la muerte... Falta la muerte, pero no el paso a través del dolor y después la entrada en la visión de Dios»¹⁸.

1.2. De la soledad del que sufre a la comunión de los creyentes en el dolor.

Los amigos de Job son testigos de una comprensión de la culpa y el castigo de modo individual. Pero entonces, no es posible que el que es justo sufra, y si Job sufre tiene que haber cometido injusticia. En esta explicación, dice Adrienne, es verdad que no se puede «comprender el sufrimiento de Job sino a la luz de Dios»¹⁹. *Yo por mí recurriría a Dios, expondría a Dios mi causa* (5,8), dice Elifaz, intentando imaginarse lo que haría en el puesto de Job. Pero no puede acercarse realmente a él, porque se trata de su culpa y de su castigo. «Todo en esta extraña soledad, fuera de una *Communio Sanctorum*, en la que el llevar-con, el co-adyuvar, el padecer-con no tiene lugar en el propio ser»²⁰. «Donde el hombre no ha aprendido a cargar-con, a nacer nuevamente en la cruz para los demás hombres, él pesa con su propio peso más que todos los demás... Él está dispuesto a presentarse ante Dios como el “irreprochable” (el ideal judío)»²¹. Los sufrimientos de Job «podrían ser comprendidos en un auténtico cargar-con solo en la Nueva Alianza, mediante la cruz»²².

Elifaz alcanza a ver, ciertamente, una comunión de los dolientes en el hecho de que *Dios es el que hiere y venda la herida, el que llaqa y luego cura con su mano* (5,18). Solo que es una comunión «que no une horizontalmente de uno en uno, sino verticalmente, en la conducta de Dios. En el cristianismo la comunión repercutirá, con mucha fuerza, también horizontalmente, sin que la verticalidad se debilite. La cruz une ya por su forma, ambas direcciones»²³, de modo que en la fe cristiana el dolor humano queda abrazado por Dios y por los hermanos.

En cambio, Job sabe que sus amigos no pueden hacerse una idea de lo que él padece. Y esta soledad hace más pesado su sufrimiento. La comunión de los hombres en el dolor llega a ser íntima solo en la cruz del Salvador. Él está solo en la cruz y, sin embargo, «carga el peso de todos los hombres para unirse con el Padre en un nuevo misterio. Pero este misterio conoce la fase del

¹⁷ Ibid., 104-105.

¹⁸ Ibid., 105.

¹⁹ Ibid., 28.

²⁰ Ibid., 29.

²¹ Ibid., 42.

²² Ibid., 45.

²³ Ibid., 32.

abandono absoluto»²⁴. Es una soledad infinitamente mayor que la de Job, pero es una soledad que crea comunión.

La soledad de Job se refiere también a la deshonra que padece, porque se ha vuelto repugnante a su vista: *Vosotros veis algo horrible y os amedrentáis* (6,21); *vivo entre escarnios... Me ha convertido en refrán de la gente, como cuando escupen a alguien a la cara* (17,2.6). Se acumula en Job toda vergüenza y los demás no pueden participar en ella. El comentario de Adrienne pone de relieve la comunión verdadera que solo la cruz podía producir superando la línea de separación entre buenos y malos:

«En esto Job está de nuevo muy cerca de la cruz. El Señor que sufre recogerá en sí toda deshonra. Pero en la Nueva Alianza todos tienen alguna participación en la cruz y su deshonra. En Job pureza y deshonra constituyen una pura oposición. Por el contrario, el Señor, al hacerse cargo de toda vergüenza, demuestra su pureza. Los amigos de Job, para garantizar su propia pureza, tienen que descargar toda la vergüenza en los impíos, trazando una línea de separación totalmente distinta de la del Señor. De ninguna manera quieren contagiarse de la enfermedad de Job; la miseria de este es signo del pecado. Pero cuando el Señor entra en la pasión, Él carga todo pecado; y todo el que comparte algo de su vergüenza, carga algo del pecado propio y del ajeno. La línea de separación hace un recorrido muy distinto»²⁵.

Acentuando que la línea divisoria entre justos e impíos después de Cristo ya no es la misma, Adrienne describe la nueva situación. A partir de la cruz, el sufrimiento de los cristianos tiene un carácter expiatorio, y esta expiación es una gracia que se reparte en la Iglesia de un modo que hay que llamar *eucarístico*, es decir, como distribución de lo más propio del Señor a los fieles para que lo vivamos con Él:

«Si el Señor ya se hace cargo de todos los pecados, los míos y los tuyos y los de todos, y yo he de sufrir *cristianamente*, es entonces evidente que yo tengo parte en estos pecados. Y en este sufrimiento, en caso de que sea el de un cristiano, se hace completamente indiferente qué tanto he cometido personalmente y qué tanto no. Todo es ahora expiación, ya no castigo; o castigo que tiene un sentido expiatorio, un sentido eucarístico... El sufrimiento cristiano ya no es medido por la medida del pecado, porque el sufrimiento cristiano nunca es un sufrimiento que haya que medir, sino que está en relación directa con el sufrimiento eucarístico del Señor en la cruz... El sufrimiento del cristiano... pertenece al tesoro de expiación de la Iglesia»²⁶.

1.3. De la inutilidad a la fecundidad del dolor.

«La fecundidad es el signo de lo cristiano»²⁷, escribe Adrienne von Speyr en su comentario al evangelio de San Marcos. La fecundidad es la prueba primera e insuperable de que Dios es amor, porque no acapara para sí mismo la fecundidad, sino que la regala a sus criaturas, como se ve desde

²⁴ Ibid., 37.

²⁵ Ibid., 74.

²⁶ Ibid., 79-80.

²⁷ Markus. *Betrachtungspunkte für eine Gemeinschaft*, Johannes Verlag Einsiedeln, Einsiedeln 1971, 89, 2 (de este libro se cita el número de la meditación con sus subdivisiones).

el primer capítulo del Génesis. Pero solo en Jesucristo se despejarán las dudas sobre la fecundidad real de los hombres abocados a la muerte. En particular, Job se enfrenta con un dolor que parece absolutamente inútil y parece desmontar la esperanza de un fruto.

En su primer discurso, Elifaz elabora una expectativa falsa de que todo irá mejor y de que Job recuperará lo perdido: *Te reirás de la sequía y de la helada, y no temerás a las bestias de la tierra... Sabrás que tu tienda está a cubierto, nada echarás en falta cuando revises tu morada. Sabrás que tu descendencia es numerosa, tus vástagos, como la hierba de la tierra. Llegarás a la tumba vigoroso, como se hacinan las gavillas a su tiempo* (5, 21-26). Comenta Adrienne tajantemente: «Elifaz le construye un futuro... Es una consolación muy barata la que Elifaz reparte. Para consolar así, tiene que apartar la vista del sufrimiento actual»²⁸. Pero ¿hay alguna verdad en esto o es pura y vana ilusión? Es la cuestión de la fecundidad la que está en juego.

Que el sufrimiento sea fecundo, es algo que solo se puede mostrar en el Señor... Porque Elifaz no puede transformar esta fecundidad en una fecundidad regalada por Dios desde la cruz y administrada por Él, él la vincula a la persona natural de Job y a sus relaciones y necesidades terrenas.... Él no puede ver ni entender que esta fecundidad es regalada nuevamente desde Dios, pero que está constituida de un modo completamente distinto del que nosotros nos imaginamos, ni que tiene su lugar en cada caso dentro de un misterio insondable... La alusión es justa, pero la expone con sus conceptos convencionales... Con su método debilita su ayuda; en lugar de hacer brotar su ayuda en la revelación de Dios, él limita esta revelación a su propio entender e interpretar»²⁹.

Algo semejante con el «terror» que produce ver el estado de Job (6,21). El miedo al sufrimiento o, en general, el miedo al mal, paraliza el amor al bien, como el que no puede ayudar en una desgracia por el shock que le produce. En esto puede haber hombres más o menos generosos, pero siempre con un límite. En cambio, si «si fuera un terror en la Nueva Alianza, tanto Job como sus amigos podrían acoger un sentido oculto, una fecundidad en Dios. La cruz es el principio de esta asunción»³⁰.

Fecundidad y esperanza son en cierto modo lo mismo, porque la fecundidad es apertura a lo nuevo, a lo que empieza. Solo que, ¿cómo podemos afirmar una esperanza que no tenga límites? No se ha de esconder que el sufrimiento puede llegar a ser terrible, como en el caso de Job, que cuando parece perder la esperanza todavía la busca: «Y grito a la fosa: “¡Tú mi padre!”, a los gusanos: “¡Mi madre y mis hermanos!” ¿Dónde está, pues, mi esperanza? y mi felicidad ¿quién la divisa?» (17,14-15). «Él es afín al fango y la podredumbre, ya está en el reino de los muertos. Pero esto no puede ser lo último»³¹.

De nuevo, hay que decir que «por la Nueva Alianza es relativizado o confutado... el pensamiento de que el sufrimiento es infecundo. O que los límites de la vida son inamovibles. O que nada nuevo puede aparecer entre Dios y los hombres»³². Y, si la esperanza cristiana nace en el camino del Señor, particularmente en el paso «de la muerte en la cruz al descenso a los infiernos»³³,

²⁸ Job, 33.

²⁹ Ibid., 33-34.

³⁰ Ibid., 46.

³¹ Ibid., 74.

³² Ibid., 75.

³³ Ibid.

pues es en el infierno de Jesucristo donde propiamente la esperanza pierde toda limitación³⁴, Adrienne sostiene que sin el libro de Job no apreciaríamos bien este misterio:

«Sin el libro de Job habría muchas cosas en la Nueva Alianza que pasaríamos por alto. Lo que está en este libro es ciertamente superado por la cruz, pero este libro fecunda la cruz y su interpretación. Lo que en Job queda como infecundo, desemboca en la fecundidad de la cruz y hace que el misterio de esta se nos presente mucho más profundamente y de mucho más alcance»³⁵.

Valdría aquí recordar la intuición de Chesterton: necesitamos la crisis de fe de Job para tener esperanza y ser verdaderos creyentes³⁶. «El terror es el alma de la gratitud»³⁷, es decir, es necesario haber visto la pérdida total para nacer a la esperanza que ya no dejará de agradecer. Pero, volviendo a Adrienne y su comentario a Job:

«Job... ha sufrido fecundamente sin saberlo, porque su infecundidad muestra la fecundidad de Dios, porque sus límites y sus insolubles aporías remiten a Dios y al plan de salvación que vendrá. Pero las palabras de Job se vuelven fecundas solo por las palabras y la vida entera del Señor. Todo discurso y sufrimiento de la Antigua Alianza, en sí mismo está cerrado y es infecundo y sin salida, es fecundo solo porque indica finalmente hacia el Señor, que atravesando el no-camino construye un camino»³⁸.

Porque no conocen este camino en el no-camino, los amigos de Job quedan paralizados en sus ideas, que repiten ante Job hasta exasperarlo, mientras que en él se anuncia la victoria de una esperanza que no alcanza a afirmar del todo: «Zofar ve que los sufrimientos de Job son una acción de Dios en él, pero una acción que aniquila toda esperanza, también la de la profecía... Job, por el contrario, muestra mediante su apertura una cierta fecundidad del sufrimiento, que él mismo no vive pero que sí expresa... Uno debe querer tener parte en la cruz para el sufrimiento sea fecundo»³⁹.

1.4. De la falsa certeza a la incomprensión y a una fe nueva.

En general, la experiencia de fe y la crisis de fe de Job lleva de un sistema explicativo que ofrece una falsa certeza, a la incomprensión. Elifaz sabe que «el poder de Dios reside en su inescrutabilidad, el poder de Dios que va hasta el fondo y todo lo abarca... Cuando Job eleva su objeción, puede responderle: Tú has sido introducido en la incomprensibilidad»⁴⁰. La continuación del libro mostrará que Elifaz mismo y sus amigos deberán también entrar en lo incompreensible, pero Job

³⁴ Cf. J. Sara, "Descensus ad inferos, Dawn of Hope. Aspects of the Theology of Holy Saturday in the Trilogy of Hans Urs von Balthasar", en *Communio. International Catholic Review*, 32 (2005) 541-572.

³⁵ *Ibid.*, 75.

³⁶ Cf. G. K. Chesterton, "El libro de Job", en W. H. Auden (Ed.), *Ensayos escogidos*, Ed. Acantilado, Barcelona 2017, 203-212.

³⁷ *Id.*, *Cómo escribir relatos policíacos*, Ed. Acantilado, Barcelona 2011, 119.

³⁸ *Job*, 75-76.

³⁹ *Ibid.*, 81-82.

⁴⁰ *Ibid.*, 29.

debe hacer el camino en soledad, pues sus amigos no pueden seguirlo a esa zona del misterio, anclados como están a su sistema.

«Job es puesto ante lo completamente incomprensible y no ve cómo podría hallarlo comprensible. Tampoco podría acoger lo incomprensible como algo comprensible, porque su tarea está precisamente en señalar, mediante el exceso de sufrimiento, su no comprender y su sobre-exigencia, hacia el abismo que hay entre su sufrimiento y el sufrimiento del Señor, entre su sufrimiento y el de los que siguen al Señor»⁴¹.

Al final del libro, después de que Dios le ha hablado, Job pasa de la mera incomprensión a una nueva forma de la fe.

«Job renuncia al litigio. Ya no como antes, por humildad, por impotencia, por la impresión sobrecogedora de la distancia entre él y Dios, sino porque Dios es realmente admirable. Y él comprende que Dios lo ha introducido mediante el sufrimiento en algo completamente admirable. Algo tan admirable que él no lo había podido comprender... El sufrimiento, como la obra eficaz que está en el sufrimiento, eran necesarios. *Conocía a Dios solo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos* (42,5). Después ha aprendido a conocer a Dios en su sufrimiento, pero sin entenderlo. Y ahora, cuando Dios habla con él, todo salta por los aires... Ahora él está muy cerca de un sometimiento por amor... Y ahora, para ser partícipe de la nueva gracia, no necesita medir justicia contra justicia, tampoco necesita medir la distancia, sino simplemente arrepentirse y reconocer la admirabilidad de Dios. Es como un arrepentimiento en una confesión completa. Job se arrepiente en verdad tanto de su justicia precedente como de su rebelión contra Dios. El confiesa, por decirlo así, simplemente la distancia. No confiesa tampoco como uno que ha sido humillado, sino como uno al que se permitió mirar a Dios... Ahora, cuando él ha visto a Dios, ve la distancia de modo distinto, concreto, por experiencia; él sabe ahora que es mucho lo que sigue siendo incomprensible. Antes el no entender era para él una humillación. Ahora de alguna manera es superada la humillación por lo admirable de Dios. La humillación queda atrás. Ahora hay espacio para la gracia»⁴².

1.5. Del hombre del dolor al Dios del dolor.

Pero el paso a esta nueva forma de la fe y de la oración, a esta visión de Dios en donde todo el destino de Job queda iluminado en la gracia, ha pasado por un momento alto, por un descubrimiento esbozado con trazos tenues, pero claros. Volvemos atrás, de los capítulos finales a los capítulos 16 a 19.

Job «se queja a Dios de su agotamiento y de sus amigos, que lo hieren, se presentan como calumniadores y la tortura impuesta a él por Dios se hace más grande por la incomprensión de ellos. Dios lo ha entregado a los criminales en lugar de dejarlo solo con su miseria»⁴³. Él insiste en que su sangre no debe ser cubierta y su clamor deberá ser escuchado. Pero entonces se levanta una sorprendente esperanza. Si Dios lo ha castigado injustamente, él tiene un testigo, que es Dios mismo: *Ahora todavía está en los cielos mi testigo, allá en lo alto está mi defensor, que interpreta ante Dios*

⁴¹ Ibid., 39.

⁴² Ibid., 121-123.

⁴³ Ibid., 71-72.

mis pensamientos; ante él fluyen mis ojos: ¡Oh, si él juzgara entre un hombre y Dios, como entre un mortal y otro mortal! (16,19-21). «De alguna manera él separa entre el Dios que lo ha aferrado y el Dios que ha de pronunciar sentencia. Dios debe juzgar entre él y Dios. De repente él atribuye a Dios tanta justicia que Dios verá su injusticia. El Dios al que apela está de alguna manera más arriba del Dios que lo puede castigar»⁴⁴. ¿Es esto real? Otros profetas nos han abierto los ojos al corazón de Dios en el que parece haber una oposición⁴⁵. Por su parte, Job hace esta misma experiencia hacia un concepto de Dios que no sospechaba. De nuevo, Adrienne ve en esta posición de Dios en favor de Job contra el Dios que lo castiga, una aproximación a la Nueva Alianza:

«En ella se realizará la idea: por la gracia del Hijo doliente, a la que apela el pecador, el juicio resultará favorable al hombre y no a Dios. En el cielo habrá uno que entre nosotros pecadores y Dios decidirá. Por la encarnación se dará como una escisión en Dios. *Está en los cielos mi testigo, allá en lo alto está mi defensor* (16,19). Este procurará de nuevo a los mortales su derecho a Dios. En su oscuridad, Job tiene un presentimiento inaudito del Hijo que vendrá. Este no solo ayudará al hombre ante Dios a conseguir ser justo, sino también levantará el derecho entre los hombres en la forma de una nueva justicia... La transitoriedad del hombre ha recibido un sentido completamente nuevo. Mientras que el tiempo eterno no había penetrado, por obra del Hijo, en el tiempo transitorio, todo el sentido tenía que ser buscado en la transitoriedad. Desde que Él ha venido, el tiempo transitorio es introducido como un todo en el tiempo eterno. Nuestro sentido de la justicia ya no queda herido cuando no todo sale bien en la tierra. La justicia tiene una eternidad delante de sí para cumplirse»⁴⁶.

En el capítulo 19 Job expresa el mismo drama de una esperanza naciente, precisamente porque Dios es su fiador y testigo, contra sus amigos y contra Dios mismo. Job puede reconocer los pecados de su juventud, puede incluso dudar de si su justicia es tan completa como pensaba. Pero sigue viendo «en su sufrimiento algo que no tiene nada que ver con el pecado; los amigos quieren establecer una relación a toda costa. Job hace estallar siempre esta relación: ¡se trata de Dios!»⁴⁷: *sabed ya que es Dios el que me hace entuerto, y el que en su red me envuelve* (19,6).

«Él se siente con todo su sufrimiento fuera de la ley entendida hasta ahora de pecado y castigo y como sacrificado a algo nuevo que él no puede describir, pero que en su novedad es Dios mismo... Él ha entrado en un aislamiento increíble, que no se encuentra en otros casos en la Antigua Alianza, sino solo, una vez más, en la cruz. Pero Job está en antítesis respecto de la cruz. En ella el Hijo abandonado por todos exclama: *Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Job, por el contrario, dice en el momento de máximo abandono: *Mi defensor vive* (19,25). Donde para el Señor se implanta el abandono completo, se da para Job una especie de esperanza, que se expresa en una profecía. Dios ha ido más lejos con su Hijo que con Job. Y el Hijo conoce al Padre, Él lo ha visto, Él sabe quién es; en el abandono

⁴⁴ Ibid., 72.

⁴⁵ Recordando a Oseas y a Ezequiel, dice Benedicto XVI que «el amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor» (*Deus Caritas est* n. 10).

⁴⁶ Job, 72-73

⁴⁷ Ibid., 77.

más amargo, Él experimenta todavía que es el Padre el que se ha apartado de Él. Job, al contrario, no conoce al Hijo... pero en el momento del mayor abandono surge ante él proféticamente la imagen de aquel a quien él aguarda»⁴⁸.

Adrienne continúa haciendo notar de nuevo la mayor semejanza que semejanza entre Job y el Hijo de Dios. «El Hijo debe gritar hacia el Dios que ha perdido, para que se reconozca que todo queda depositado en el final. Job, por el contrario, debe clamar que él verá a su defensor [19,26-27: *con mi propia carne verá a Dios. Yo, sí, yo mismo le verá, mis ojos le mirarán, no ningún otro*]»⁴⁹. Por eso Job debe ser referido, por esta semejanza de su sufrimiento con el del Señor, al «camino para los mártires y los perseguidos del cristianismo: ellos vivirán de la profecía cumplida como Job ahora ha de esperar en ella... Solo uno podría ser completamente abandonado: el Hijo en la cruz»⁵⁰.

⁴⁸ Ibid., 78.

⁴⁹ Ibid., 78.

⁵⁰ Ibid., 78-79.

2. El dolor humano en la pasión del Señor.

El pensamiento teológico de Adrienne recibe la impronta bíblica de la centralidad de la cruz del Señor Jesucristo, en particular la impronta joánica de la cruz como revelación de la gloria del amor de Dios. En consecuencia, ella tiene presente siempre la pasión como revelación del amor absoluto de Dios, como la luz que ilumina toda la realidad de la Iglesia y el sentido de la creación. Aquí nos tenemos que ceñir a pocos pasajes de sus comentarios bíblicos en los que se relaciona explícitamente la pasión del Señor con el dolor de los hombres.

2.1. La misión del Hijo de Dios consumada en la cruz y la resurrección.

La cruz misma es dolor y triunfo, humillación y gloria, muerte y vida. En la resurrección de Jesucristo se manifiesta la vida que estaba escondida en su muerte. Por eso, se pueden ver los dos eventos como sucesivos⁵¹, pero no hay que dejar de ver su compenetración y que Él nos ofrece y nos pide siempre ambas cosas juntas: «Muerte y vida constituyen una unidad... Dios requiere de nosotros tanto morir como vivir... La unidad de vida y muerte Él la hace visible en la cruz: Él ha asumido la vida humana para morir en la cruz, y Él muere en la cruz para poder resucitar en el Padre»⁵².

Esto es posible porque es vivido en una misión divina, en la que las leyes de vida y muerte de los hombres tienen que ceder ante esta muerte y vida, que reinterpretan todo lo humano. Por eso durante su vida en la tierra «como hombre, que a la vez es Dios, no se cierra ante nada de lo que proviene de los hombres. Él quiere experimentar humanamente todo lo humano, pero en una perfecta participación divina, que le permite comprender en cada caso lo humano en su significado pleno»⁵³. En esta experiencia del dolor de los hombres que Él va encontrando puede ver el camino doloroso que deberá recorrer Él mismo para que finalmente la vida tenga la última palabra, la vida de Dios en los hombres, la gracia: «Él ve su pena con sus ojos divinos, Él la reconoce en su realidad, al mismo tiempo que mide el camino que sería necesario para pasar de la inseguridad a la seguridad, del pecado a la gracia. Percatándose del sufrimiento el Señor sabe al mismo tiempo qué parte le toca a Él del sufrimiento de ellos»⁵⁴.

2.2 Soledad del Señor en la cruz y unión del dolor de los cristianos con la cruz.

Por un lado, el Señor sufre en una soledad absoluta, sin que ningún dolor humano pueda acercarse a su pasión. Son dolores incomparables porque el del Señor tiene su núcleo más central en un abandono del Padre que solo Él, que está eternamente unido al Padre, podía experimentar. Por eso, «la amargura de su cáliz será tan grande que en ella contempla la imposibilidad de que otros hombres lo beban con Él, una amargura de la que evidentemente nosotros no podemos hacernos concepto alguno, tampoco en el más amargo sufrimiento. Juan estará bajo la cruz. Por amor

⁵¹ «Ciertamente el Hijo en la cruz no ha sabido ya dónde está el Padre. Pero Él no estaba perdido. Estaba en la noche del sufrimiento. Pero ahora tiene de nuevo al Padre en la alegría de la Ascensión. Y esta alegría no es ni para el Padre, ni para el Espíritu ni para el Hijo una mera alegría intradivina, sino una alegría que incluye al mundo, que pone el sello a la obra de la redención: el Hijo trae de nuevo al Padre su creación» (*Markus* 352, 2).

⁵² A. von Speyr, *Die katholischen Briefe I. Der Jakobusbrief. Die Petrusbriefe*, Einsiedeln 1961, 334-335.

⁵³ *Markus*, 134, 1.

⁵⁴ *Ibid.*, 160, 2.

experimentará la cruz al modo del discípulo. Y sin embargo nunca vaciará el cáliz que permanece reservado al Señor»⁵⁵. Ciertamente en algún punto los dolores de la pasión son también humanos, y por eso son en cierto modo como los nuestros. Pero situándonos en esa semejanza la fe nos permite contemplar cómo sus dolores se pierden de vista en una profundidad infinita. Así lo expresa Adrienne:

«También sus sensaciones, sus angustias, sus sufrimientos y su morir son como en nosotros. En un punto (en el de su vinculación al cuerpo) su sufrimiento tiene las mismas cualidades de nuestros sufrimientos. Solo a partir de aquí se puede considerar que su pasión, puesto que Él es el Dios-hombre, tiene que ser inmensamente más profunda que el sufrimiento de un hombre común»⁵⁶.

Sin embargo, es propio del amor unir sin confundir, acompañar sin igualar, asociar sin perder el sentido reverencial de la distancia. Y por eso hay una asociación de los dolores de los cristianos a la cruz única del Señor. En esta asociación a la pasión del Salvador, está en primer lugar la pasión de la Madre, de María.

«María estará presente bajo la cruz y tendrá que devolver el Hijo al Padre en un sufrimiento que no carece de semejanza con el sufrimiento de su Hijo. Ella sufrirá como una mujer, pero al hacerlo será co-asumida, también corporalmente, en la pasión del Hijo. Ella sentirá con Él interiormente lo que Él experimenta, y ciertamente lo natural y lo sobrenatural. Y ella se sentirá separada del Hijo por la no comprensión de aquello que le ocurre. Pero su no comprender será introducido, sin que ella lo sepa, en la palabra del Hijo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Su pregunta quedará bajo la cruz igualmente sin respuesta, como la pregunta del Hijo»⁵⁷.

Adrienne reflexiona con frecuencia en la misión de María Magdalena, como la que ha sido sanada por el Señor y puede estar al pie de la cruz. Allí su dolor de ver padecer al Señor tiene los dos aspectos de representar a los pecadores que reciben el perdón y representar la penitencia de los ya convertidos: «Ella debe ciertamente representar en su persona la absolución participada a todos los pecadores en la cruz. Pero, más allá de esto, ella ha sido colocada por el Señor bajo la cruz como una convertida, amante y penitente, en una unión muy íntima de su sufrimiento con el sufrimiento de Él, una unión íntima también de su sufrimiento con el sufrimiento de su Madre»⁵⁸. Y la Pascua añade a estos dos rasgos de la misión de Magdalena un tercero, que Adrienne percibe en el lugar único que ella ocupa en las apariciones del Resucitado, un lugar de representación también de la Madre, cuya alegría insondable la Escritura ha dejado sin mencionar: «Y si el Espíritu Santo ha considerado bueno dejar en el misterio el sufrimiento de la Madre y no mencionar su alegría por la resurrección del Hijo, María Magdalena es, por decirlo así, enviada delante para representar a todos los que han sufrido inmediatamente con el Crucificado, y antes que todos, la Madre del Señor»⁵⁹.

La participación dolorosa en el dolor del Señor, representada en primer lugar por la Iglesia femenina, se extiende a los demás discípulos y creyentes, pues la comunión de amor con Jesucristo no puede excluir una comunión con su sufrimiento:

⁵⁵ Ibid., 250, 2.

⁵⁶ Ibid., 262, 3.

⁵⁷ Ibid., 81, 2.

⁵⁸ Ibid., 346, 2.

⁵⁹ Ibid.

«Lo que concierne al Señor concierne a los discípulos. Están en una comunión de amor, en una comunión de formación, pero también (y esto lo sienten y por ello tienen miedo) en una comunidad de sufrimiento. El Señor los ama tanto que no puede sufrir solo... Ellos todavía lo traicionarán, todavía lo abandonarán, todavía serán infieles. A pesar de esto, están vinculados a Él desde lo más profundo, y con el corazón dolorido recorren con Él el camino que Él recorre»⁶⁰.

2.3. Jesucristo sufre nuestro dolor.

En primer lugar, nos parece que hay que mencionar el dolor humano fundamental que deja el pecado en el hombre: la pérdida de sí mismo al perder a Dios. En la cruz hay un intercambio de dolores muy hondo, entre el dolor del Señor y estas heridas de los hombres que el pecado produce, y que conllevan toda esa destrucción de la que no nos damos cuenta hasta que vemos con los ojos de la fe al Crucificado. Sus heridas visibles, que invisiblemente son expiación, hacen patente las heridas invisibles del fondo del corazón humano que se hunde en el dolor indecible de perder a Dios. Comentando la afirmación de San Pedro en su Primera Carta: *Por sus heridas fuisteis curados* (1 Pe 2,24), describe Adrienne el evento teológico de este intercambio:

«Él llevó todas estas heridas como expiación, y así fuimos curados por ellas. Él las llevó en el contexto de toda su vida de expiación, que estaba hasta tal punto ordenada a la pasión que ella misma, en su totalidad, fue pasión. De modo que fuimos curados por su vida entera. Sin embargo, Él tuvo que llevar en sí el estigma de nuestros pecados de una forma más visible, para que nosotros, como redimidos, aprendiéramos a comprender la invisibilidad de su expiación. Los clavos visibles, la corona de espinas, la hiel, todos los eventos de la pasión, son semejanzas exteriores de todo lo que nosotros no entendemos del pecado que lo castiga, son por tanto curación mediante heridas visibles de nuestras heridas invisibles, que de otra manera nunca habríamos comprendido. Y son imagen visible de nuestro sufrimiento invisible en el Señor, de una pasión oculta que nunca habríamos conocido sino mediante las heridas visibles y que aprendemos a intuir solo como ya sanados»⁶¹.

Por otra parte, si el Señor se hace cargo de los pecados, también se hace cargo del dolor del mundo, especialmente del dolor de los inocentes ofendidos por los demás hombres. Conviene hacer presente que Adrienne utiliza mucho el verbo *tragen*, soportar o hacerse cargo, para describir la pasión del Señor. Corresponde al verbo griego *airo*, que pasa al latín como *tollere* según la descripción del Bautista: *Ecce Agnus Dei qui tollit peccata mundi* (Jn 1,29). Cuando en español decimos: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», habría que entender “que quita los pecados cargándoselos sobre sí mismo”.

Así pues, el Señor se hace cargo de los pecados de todos y también nuestros sufrimientos:

«Al sufrir no ha querido solo liquidar nuestras culpas, sino también toda ofensa que es infligida a los inocentes. Esto es un aspecto de la cruz que con frecuencia se pasa por alto. Él lleva no solo nuestros pecados, él lleva también el dolor del mundo. Uno puede

⁶⁰ Ibid., 247, 1.

⁶¹ *Die katholische Briefe I* 335.

soportar sufrimientos por el Señor, pero solo porque Él lo ha soportado primero. Sea cual sea el sufrimiento que un hombre haya de soportar, su sufrimiento no le pertenece a él solo, es siempre un sufrimiento ya padecido por el Señor. Y Él me permite por eso cargar por Él, porque Él ya carga por mí y conmigo. En virtud de esta voluntad del Señor de sufrir, se hace claro que todo el que hiere a los hombres, a los hermanos, hiere al Hijo de Dios»⁶².

Este hacerse cargo de todo dolor humano se funda en la encarnación del Hijo de Dios, por tanto, queda envuelto en la alegría total de Jesucristo de entregársenos. El que le recibe como el don de Dios por excelencia, recibe también una posibilidad nueva de sufrimiento con Él en su seguimiento, pues Él mismo recibe la pasión como un regalo del Padre. Así, tanto para Jesucristo como para nosotros, el regalo de Dios incluye el sufrimiento: «Si fuera un regalo conformado de tal modo que no se viera por ninguna parte la posibilidad de sacrificio y renuncia, deberíamos desconfiar mucho... En el regalo de la encarnación está comprendido todo sufrimiento; sufrimiento y renuncia forman el sello de autenticidad de la alegría del regalo»⁶³.

Existe también para los cristianos la respuesta de Dios a Job, pero en el Nuevo Testamento esta respuesta a Job, que, con toda su validez universal, tiene algo de provisional, alcanza el resplandor de su verdad plena. En su Carta, el apóstol Santiago recuerda a los cristianos la paciencia de Job y la recompensa final de Job por parte de Dios. *Habéis oído de la paciencia de Job en el sufrimiento y sabéis el final que el Señor le dio; porque el Señor es compasivo y misericordioso* (Sant 5,11).

Santiago supone, dice Adrienne en su comentario a la Carta, que para los cristianos el destino de Job queda abierto hacia lo que vendría con Jesucristo, con su muerte y resurrección:

«Job es una pre-figuración del cristiano en la Antigua Alianza... Él ha gritado a Dios en su sufrimiento, y su grito quedó sin respuesta durante su sufrimiento. Y si al final de su prueba Job encontró una especie de respuesta, el Hijo, el verdadero sobre-exigido, ha asumido este grito y lo ha elevado hasta el grito de su muerte en la cruz, detrás del cual ya no existe en esta vida ninguna respuesta... Pero la respuesta completa tendría lugar solo mediante la resurrección del Señor: la respuesta al grito de Job y al grito del Hijo... Lo que en verdad es misericordia y compasión de Dios, esto se hace plenamente visible solo en la resurrección del Hijo»⁶⁴.

Una reflexión más de Adrienne extiende el destino de Job, a todos los hombres del dolor de la Antigua Alianza y, desde ellos, pues la misión de Israel es recoger a toda la humanidad para ponerla ante Jesucristo, al dolor del mundo entero. En efecto, Jesucristo es el Señor de la Nueva Alianza, pero esto significa que lo es también de la Antigua y de toda la historia:

«Y cuando el apóstol añade: *porque el Señor es compasivo y misericordioso*, esto suena como un alargamiento de Job a todos los demás precursores. Todo lo que desde la Antigua Alianza quedaba abierto, será asumido por el Señor. Él da a todos una respuesta. Su vida puede ser comprendida como la conclusión que corona toda vida, como la resurrección es como la coronación de cada muerte en la Antigua Alianza. Su riqueza en misericordia se comprobó en el hecho de que Él descendió al mundo de la Antigua Alianza, y su compasión en que Él

⁶² Ibid., 165, citado en la antología de textos de Adrienne von Speyr, *Kostet und seht*, n. 314.

⁶³ Markus, 231, 2.

⁶⁴ *Katholische Briefe I*, 228-229.

sufrió junto con Job y todos los dolientes. Él lo hizo para que ellos aprendieran a sufrir con Él... Job lo ha esperado sin saberlo, pero al morir la muerte que el Señor le ha dispuesto, reconoce al Señor. Él puede reconocerlo porque el Señor ya mucho antes se ha reconocido en los sufrimientos de Job»⁶⁵.

Terminamos esta sección de nuevo con San Pedro, con su exhortación inicial a los cristianos de envolver la aflicción del tiempo presente en la alegría cristiana: *Por lo cual rebosáis de alegría, aunque sea preciso que todavía por algún tiempo seáis afligidos con diversas pruebas* (1 Pe 1, 6). El comentario de Adrienne unifica todo, la alegría y el sufrimiento del Señor y de los cristianos en una misma orientación a la glorificación de Dios Padre. Él nos ha librado del castigo eterno para la gloria eterna mediante la comunión con Él en la fe, la alegría y el dolor:

«Durante toda su vida El Señor ha tomado sobre sí el sufrimiento, para ahorrarnos los sufrimientos que había que estaban destinados a nosotros para una duración más grande que la vida como castigo por el pecado. Pero Él no puede apartar de nosotros todo sufrimiento en el tiempo en que seguimos siendo pecadores. Él podrá darle ciertamente el carácter de su propio sufrimiento: nuestro sufrimiento se convierte en el suyo, del suyo hará el nuestro y dará a este la cualidad de haber sufrido para glorificación del Padre»⁶⁶.

⁶⁵ Ibid, 229.

⁶⁶ Ibid., 259.

3. El dolor humano de los cristianos desde la pasión del Señor o el sufrimiento en la misión cristiana.

Adrienne ve también el misterio de la Iglesia en el del sufrimiento de los cristianos, porque el que sufre en la Nueva Alianza sabe que «hay algo mucho más grande que lo propio, aun cuando él no comprenda nada de eso más grande»⁶⁷. Eso más grande en cada vida cristiana es la gracia de la misión dada a todo cristiano: *Como el Padre me ha enviado, así os envío yo* (Jn 20, 21), dice el Señor el día de la resurrección a los discípulos. El pensamiento teológico de Adrienne sobre la misión cristiana, le lleva a concebir el dolor que los cristianos padecemos como parte de nuestra misión, a semejanza de Jesús, que consumó su misión con su oración, especialmente en los años de vida oculta, con su actividad en los tres años de vida pública y, sobre todo, con su pasión.

3.1. La enfermedad como tarea cristiana.

Por eso en los evangelios algunos son curados por Jesucristo, pero no todos. Los que siguen llevando el peso del sufrimiento tienen esa tarea. «Para nosotros, cristianos, es claro que un contacto con el Señor siempre trae una curación en algún sentido. Él no despide a nadie sin haberle dado como regalo para el camino algo de la plenitud de su gracia. Algunos de entre todos son sanados físicamente. A otros les es regalada de nuevo su enfermedad junto con una curación espiritual que les permite, en adelante, sobrellevar cristianamente sus dolores»⁶⁸.

3.2. Sufrimientos propios de los creyentes.

Pero hay otros dolores que solo vienen de haber conocido al Señor por la fe. Pueden llegar a ser muy intensos estos dolores, más que los de la enfermedad. Así, existe el dolor de que la fe sea rechazada: «Para todo creyente vivo siempre es una experiencia dolorosa cuando la fe, que llena su vida y que significa todo para Él, es rechazada por otros. Esta experiencia dolorosa la hace todo creyente junto con el Señor»⁶⁹. Está el dolor de las renunciaciones que pide el seguimiento en el caso de la vocación del Señor que pide dejar todo: «Su voluntad no es alejar el amor de los hijos a los padres, sino ensanchar el amor de los hijos más allá de los límites del amor de los padres hasta la medida del amor de Dios. Este sacrificio es pedido a los hijos y a los padres, pero el Señor regala a ambos la gracia de dejarse a ensanchar, aun en medio del dolor, a su amor más grande»⁷⁰. Está el dolor que a veces exige la conversión de nuestra mentalidad: «La fe cristiana... exige ensanchamiento cotidiano de todos nuestros puntos de vista. A veces el procedimiento es doloroso»⁷¹.

Por otra parte, los cristianos celebramos la continua presencia del Señor con la salvación definitiva que Él nos trae. Pero vendrá el día en que el Esposo será arrebatado a los discípulos, que *entonces ayunarán, en aquel día* (Mc 2, 20). «El Señor, anunciándoles el ayuno de esos días que vendrán, los invita al mismo tiempo a participar en toda su vida. El ayuno es una participación, ofrecida a nosotros por el Señor como un regalo, en su existencia... como un signo de nuestra

⁶⁷ Job 76

⁶⁸ Markus, 64, 3.

⁶⁹ Ibid., 139, 3,

⁷⁰ Ibid., 169, 3.

⁷¹ Ibid., 203, 1.

voluntad de no dejar solo al Señor en su sufrimiento por nosotros»⁷². Porque «Él asume toda la pasión por nosotros, pero no sin nosotros. Y puede suceder que no veamos más la salida, que veamos solo la tormenta, solo el tiempo de sufrimiento, solo la dureza de la cruz»⁷³.

Por otro lado, existe también el dolor de la persecución y el rechazo de la propia persona con violencia, prometidos claramente por el Salvador, que Adrienne describe con realismo:

«Los discípulos son azotados, arrastrados ante tribunales y allí deben dar testimonio... Ni los apóstoles ni nosotros, los cientos de miles y millones de cristianos que hemos vivido entre tanto, poseemos la fuerza por nosotros mismos. Pero incontables cristianos han recibido esta fuerza día tras día. Los que la han recibido realmente son aquellos que han orado por ello, que han resistido en la fe, que quizás han experimentado angustia corporal o han pensado: no sabía cuán doloroso es ser azotado; no sabía cuánta vergüenza supone comparecer ante un tribunal como acusado; no sabía que fuera tan difícil dar testimonio ante poderes hostiles»⁷⁴.

3.3. El sufrimiento en toda misión cristiana.

En cualquier misión cristiana, vale la condición del seguimiento: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mc 8, 34). Por eso, no es mala señal que en la vida cristiana haya luchas y necesidad de vencer obstáculos, de vencerse uno a sí mismo y de tener que cambiar para ser fiel.

«Uno no sigue al Señor con una vivacidad externa e interna que ha dejado ya atrás toda lucha, toda duda, todo cansancio. El Señor nos ata, por así decir, un bulto. Todo lo pesado lo reúne en una cruz que el discípulo toma consigo si él sigue al Señor, para depositarlo más tarde bajo la cruz del Señor como lo no importante, lo personal, bajo lo importante, lo cristiano. No se puede seguirlo sin que en algún punto surja una cruz»⁷⁵.

Pero nosotros vivimos después de la resurrección del Señor, y tomamos la cruz siempre desde la alegría pascual. Contemplando a las mujeres que van al sepulcro el día de la resurrección, preocupadas por cómo remover la piedra de la entrada (cf. Mc 16, 1-3), Adrienne observa que «es Pascua y no lo saben», y quizás la observación vale para muchos cristianos que olvidamos el significado del misterio pascual del Señor, y recaemos en una especie de vida preocupada y agitada por muchos pensamientos y acontecimientos. Pero a las mujeres se les mostrará que

«su preocupación era vana. En el fondo todas nuestras preocupaciones, nuestras preocupaciones personales, nuestras preocupaciones en la comunidad, nuestras preocupaciones de la misión, son siempre ya preocupaciones pascales, que podemos descargar sobre Aquel que ha llevado la cruz y ha resucitado. Si Él quiere nuestras misiones y nosotros intentamos cumplirlas según el sentido de Él, en cada caso Él, quizá en el último momento, quizá allí donde parece sin sentido, de alguna manera removerá la piedra»⁷⁶.

⁷² Ibid., 48, 3.

⁷³ Ibid., 107, 3.

⁷⁴ Ibid., 293, 2.

⁷⁵ Ibid., 196, 2.

⁷⁶ Ibid., 341, 3.

Por este carácter pascual de lo que nos preocupa y duele, desaparece en la vida cristiana la tendencia tan frecuente la amenaza de la enfermedad mortal que es la desesperación (como dice Søren Kierkegaard).

«El Señor da con la amargura del sufrimiento también la consolación... Ellos saben lo que es el sufrimiento, pero se inclinan a relacionar estrechamente sufrimiento y desesperación, porque así es entre los hombres. Por el contrario, Él pone en relación sufrimiento y resurrección, sufrimiento y alegría... También nosotros todos, que tenemos en nuestra misión alguna gota de sufrimiento, debemos saber que el sufrir cristiano desemboca en la resurrección, que por esta esperanza el sufrimiento no es menos amargo, pero nunca engendra desesperación»⁷⁷.

3.4. Misiones especiales de sufrimiento.

En toda misión cristiana hay algo de sufrimiento, pero algunas misiones tienen el sufrimiento particularmente como «la tonalidad de la misión», dice Adrienne, que recurre con alguna frecuencia a metáforas musicales. En estas misiones se reconoce «la pasión que el Señor sigue distribuyendo desde el cielo en su Iglesia, que sobreviene a algunos de tal modo que no pueden negarse»⁷⁸. Estas misiones requieren la guía de la Iglesia ministerial para dar todo el fruto a que están destinadas: «La verdadera participación en la pasión del Señor que se da en la Iglesia es conducida, administrada, mediada de alguna manera por el ministerio eclesial. Con frecuencia esta mediación puede faltar, ocasional o duraderamente, entonces el sufrimiento no alcanzará su plena fecundidad. El sacerdote debería estar ahí como guía y ayuda»⁷⁹.

Pero no hay que perder de vista lo ya dicho, que el sufrimiento es parte constitutiva de la misión cristiana en general. «La consolación y aligeramiento en la vida cristiana residen en el hecho de que todo sufrimiento viene del Señor y también de que el Señor nunca deja simplemente sufrir, sino que, en otros momentos y según su parecer, da parte en otros misterios suyos»⁸⁰. De modo que, aunque «el tono fundamental de una misión siga siendo el sufrimiento, esto no será sin alegría; el sufrimiento cristiano nunca puede quedar sordamente cerrado en sí mismo, porque el Señor lo ha abierto y se revela al doliente en esta apertura»⁸¹.

3.5. Carácter eclesial del sufrimiento.

Si el cristiano sufre siempre con el Señor Jesucristo, sufre también siempre con la Iglesia. *¿Sufrir alguno entre vosotros?* (Sant 5, 13a), pregunta el apóstol Santiago. El comentario de Adrienne, en conformidad con el texto bíblico, que subraya con vigor lo comunitario en este capítulo quinto de la Carta, describe el *vosotros* que se constituye en torno a Cristo como contexto real del que sufre:

«Los creyentes nunca están en número singular, en yo, tú o él. Existe solo una comunión de la fe. Y esta comunión es congregada como unidad en el Señor... Y si *uno sufre*, sufre en la unidad fundada por el Señor... sufre con los demás, para los demás, por causa de los

⁷⁷ Ibid., 194, 3.

⁷⁸ Job, 76.

⁷⁹ Ibid., 77.

⁸⁰ *Katholische Briefe I*, 328.

⁸¹ Ibid.

demás, pero en unión con el Señor. No se pierde por eso el carácter personal de su misión... Si él sufre fuera del Señor y al sufrir intenta sustraerse a la comunión, su sufrimiento se vuelve infecundo»⁸²...

La comunión a la que pertenece el sufrimiento tiene su origen en la comunión trinitaria y por eso a ella debe volver, pero no sin la comunión eclesial de todos los creyentes: «El sufrimiento como tal es ya fecundo porque es fruto de la voluntad del Padre y de la Palabra de la Verdad*. Pero es fecundo en cuanto es extendido, ofrecido, a la comunión de los creyentes tanto como a las personas divinas»⁸³. Por eso el sufrimiento es inseparable de la oración, como dice el apóstol: *¿Sufrir alguno entre vosotros? Que ore* (Sant 5, 13a). El apóstol quisiera prestar al sufrimiento la fecundidad de la oración. La oración es diálogo de los creyentes con Dios, es aceptación de su sufrimiento, pero también entrega de su sufrimiento. La oración media entre el sufrimiento del Hijo y el del hombre»⁸⁴.

La segunda parte del mismo versículo dice: *¿Está uno alegre? Que cante salmos*. Dolor y alegría nunca están aislados en la comunión eclesial, porque

«en la misma comunión en que se encuentra el que sufre está también el que está *alegre*. Su alegría no debe ser menos fecunda que el sufrimiento. Debe volverse a la unidad de la alegría del Padre y el Hijo para que sea distribuida, para que actúe eficazmente en su misión, para que rebose hacia los demás creyentes... Cantar es la oración del que está alegre, y es su participación en la oración del que sufre, de modo que por la oración como canto surja una visible unidad en Dios entre los que sufren y los que se alegran»⁸⁵.

También el apóstol Pedro une sufrimiento y misión en el seno de la comunión de la Iglesia, según el comentario de Adrienne a las palabras de la Primera Carta: *Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas* (1 Pe 2,21): «Pedro... señala particularmente hacia el sufrimiento en la misión cristiana. Ellos ya no pueden querer distinguir entre misión y sufrimiento, todos los que leerán la carta y son *llamados* a ser la nueva Iglesia. Y así no pueden ya querer separar tampoco Iglesia y sufrimiento»⁸⁶. El sufrimiento de los cristianos es sufrimiento de la Iglesia con Jesucristo: «La Iglesia en sí misma sufrirá, pero en sus miembros, que son llamados a sufrir junto con el Señor»⁸⁷. Y cuando el apóstol añade: *ya que Cristo también sufrió por vosotros*,

«este *ya que* es la aplicación del principio cristiano absoluto: el Señor ha transmitido todo lo que hizo en la tierra a sus creyentes para que continúe, de modo que necesariamente Él ha inaugurado por su pasión también el camino del sufrimiento para todos... De modo que todo lo que la Iglesia asume de Él lleva el sello del camino del Hijo al Padre. Todo el que recorre el camino de Él, de alguna manera ha de sufrir por todos y ciertamente como el

⁸² Ibid., 231.

* Todo el comentario de Adrienne a la Carta de Santiago está iluminado por estas palabras del primer capítulo: «Nos engendró por su propia voluntad, con Palabra de verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas» (1,18).

⁸³ Ibid., 232.

⁸⁴ Ibid. 232-233.

⁸⁵ Ibid. 233.

⁸⁶ Ibid. 326.

⁸⁷ Ibid.

Señor: como expiación. No que cada uno se derrumbe bajo el peso de los pecados, sino que participa por gracia en el sacrificio de la salvación»⁸⁸.

Por tanto, no se trata simplemente de expiar cada uno por los propios pecados. Ciertamente el Señor ha expiado por cada uno «pero Él hace que lo concreto quede subsumido en el todo... siempre se trata del sufrimiento de la Iglesia en favor de la Iglesia que acontece para en favor de la universalidad»⁸⁹.

Como conclusión, valga una visión desde el cielo del sufrimiento de los cristianos en la Iglesia de la tierra. Adrienne comenta las palabras de Jesús según San Juan: *Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, y me voy al que me ha enviado* (Jn 7,33). El comentario resume los elementos que hemos ido descubriendo sobre la relación entre la pasión del Señor y el sufrimiento de los hombres, especialmente el de los cristianos que, como Iglesia, recogen todo el dolor de todos los hombres:

«La misión del Señor no ha concluido con la ascensión a los cielos. De una manera distinta, incomprensible para nosotros, Él sigue participando en la vida y sufrimiento de su Iglesia, hasta el punto de que no se puede trazar una línea tajante de separación entre el sufrimiento de sus creyentes y su propio sufrimiento. Cuando hoy un hombre ofende al Señor por sus pecados, esta ofensa lo alcanza tan realmente como las ofensas de sus contemporáneos, y su felicidad en el Padre no impide de ninguna manera que Él sea sensible a ello. Así, también el sacrificio cotidiano de la eucaristía no solo es un recuerdo de un hecho que aconteció una vez en el pasado, la muerte histórica en la cruz, sino que sigue siendo una realidad inmediatamente presente como sacrificio. Y no se puede delimitar este seguir sufriendo total solo al sufrimiento de sus miembros, aunque se realice también en ellos y el sufrimiento de ellos no se deja separar del sufrimiento del Señor. Todo en el Señor es eucarístico; por eso Él reparte en el amor también el misterio de su pasión a los que quiere»⁹⁰.

Ricardo Aldana.

⁸⁸ Ibid., 326-327.

⁸⁹ Ibid., 327.

⁹⁰ *Johannes II. Die Streitreden*, Johannes Verlag Einsiedeln, Einsiedeln 1949, 146-147.